

RETIRO: “MARÍA EN EL NUEVO TESTAMENTO”

IX.- LA VERDADERA FAMILIA DE JESÚS.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER:

A lo largo de los años, una religiosidad mal explicada y mal entendida ha alejado a María de nosotros, idealizándola, convirtiéndola en un ser lejano, inalcanzable, totalmente irreal y haciendo de Ella sólo objeto de culto.

Hoy, en esta nueva evangelización a la que estamos convocados, necesitamos recuperar a la María mujer, hermana nuestra en la carne. María no es un ser celestial que, por así decirlo, haya caído del cielo a la humanidad para traerles la salvación en su Hijo.

María es de los nuestros, procede de esa tierra de Israel de la que Ella es verdaderamente hija. María es la persona que participa de la larga preparación creyente de su pueblo, de los anawin, los pobres de Yahvé, lo cual le permite responder libre y gozosamente a la propuesta que Dios le hace por medio del Ángel, y así es como propicia la venida de la plenitud de los tiempos. Ella camina con nosotros, y nosotros podemos contemplar cómo camina con confianza filial.

Por eso en estos retiros estamos volviendo al Nuevo Testamento, sobre todo a los Evangelios, para comprobar que, para las primeras comunidades cristianas la Virgen María, la Madre de Dios no es otra que María de Nazaret. Y esta María sí que está a nuestro alcance como la “primera cristiana”, “seguidora de Jesús”. María de Nazaret nos enseña a ser cristianos, comunidad cristiana, Iglesia. María de Nazaret sí que es un modelo para nuestro vivir diario.

Hemos contemplado a María en la Anunciación, en la Visitación a su prima Isabel, después como Madre en el portal de Belén. La hemos contemplado presentando a su Hijo en el Templo y teniendo que huir a Egipto, y también durante esos llamados años “ocultos” de la infancia de Jesús en los cuales María siguió desempeñando una función esencial.

Hemos visto cómo Ella conservaba todo en su corazón, hasta lo más desconcertante, como cuando Jesús se quedó en Jerusalén sin decirlo a sus padres y fue hallado por éstos en el Templo, entre los doctores de la Ley. Hemos contemplado a María con Jesús en una fiesta de bodas en Caná de Galilea, y su mirada atenta, y sus palabras: “Haced lo que Él diga”. El mes pasado meditábamos como la hemos recibido como Madre al pie de la Cruz.

Y hoy contemplamos a María de nuevo en un episodio desconcertante. No debemos olvidar que Jesús tuvo una familia que seguramente sintió preocupación por Él, por su extraño modo de comportarse, por los peligros que pudieran sobrevenirle a causa de su actividad predicando el Evangelio y realizando prodigios y signos.

Para la reflexión:

- ¿He pensado alguna vez en que Jesús tuvo una familia, además de José y María?
- Si un miembro de mi familia empezase a actuar como Jesús, ¿cuál sería mi reacción?

JUZGAR:

Mc 3, 20-21.31-35:

Llega a casa y de nuevo se junta tanta gente que no los dejaban ni comer. Al enterarse su familia, vinieron a llevárselo, porque decían que estaba fuera de sí.

Llegan su madre y sus hermanos y, desde fuera, lo mandaron llamar. La gente que tenía sentada alrededor le dice: «Mira, tu madre y tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan». Él les pregunta: «¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?». Y mirando a los que estaban sentados alrededor, dice: «Estos son mi madre y mis hermanos. El que cumple a voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre».

Hoy vamos a meditar sobre esta escena que san Marcos nos presenta, con estos versículos en concreto, (sin entrar en el conflicto con los escribas sobre si estaba poseído por el jefe de los demonios): la Madre y los hermanos de Jesús van a buscarle; no quieren o no se atreven a irrumpir en el grupo que lo rodea mientras enseña. Por eso lo mandan llamar desde fuera. Y a la noticia de que sus familiares lo buscan, Jesús responde con unas palabras desconcertantes.

ESTÁ FUERA DE SÍ

Todos damos por supuesto que una persona es normal y sana cuando cumple correctamente con el papel social que le toca desempeñar, cuando hace lo que de él o de ella se espera, y sabe adaptarse y actuar según la escala de valores y las pautas que están comúnmente aceptadas en la sociedad.

Por el contrario, la persona que no se adapta a esos esquemas y actúa de manera distinta, corre el riesgo de ser considerada como anormal, neurótica, sospechosa. Este es el caso de Jesús.

Jesús regresa a su casa. La multitud le espera, y Él continúa entregándose a ella. Pero surgen de nuevo las críticas, que ahora provienen de sus propios parientes. Al ver a Jesús asediado por la gente, hasta el punto de que ni siquiera podía comer, sus parientes creyeron que había perdido su sano juicio, que “se había vuelto loco”. Y fueron a buscarlo para llevárselo a casa.

La fama que empieza a formarse en torno a Él va creando problemas; y esos problemas afectan a toda la familia. En su postura coexisten el interés por la persona física de Jesús (“no come, no descansa, no puede continuar así”) y también un claro rechazo de su proyecto.

Podemos imaginarnos lo que comentarían de Él: “¿Qué hace Jesús caminando por el mundo, rodeado de esas gentes un tanto raras, sin tiempo ni para comer? Y entre tanto su pobre Madre, viuda, sola en casa, atendida por los familiares. ¿No es más sensato que vuelva a su taller de Nazaret a ganarse el sustento y a cuidar de su madre? Este muchacho no está bien de la cabeza, no está en sus cabales”.

Sus parientes lo toman por loco porque no comprenden su tremenda actividad, su predicación a todos, su disponibilidad incondicional. Ni entonces, ni hoy, acabamos de comprender las absolutas exigencias de Dios. Según nuestra forma de pensar, Dios debería permanecer encerrado dentro de nuestro concepto de orden y de sentido común, debería ahorrarse energías, debería entregarse con un poco más de prudencia. Por eso concluyen que Jesús “está fuera de sí”.

Y en cierto modo tienen razón: Jesús habla y actúa fuera de los comportamientos del sentido común social. Pero es la fuerza del Espíritu la que ha “desequilibrado” a Jesús.

Jesús es un “excéntrico” pero no en el sentido de loco o extravagante, sino como alguien que tiene su centro vital fuera de sí mismo. Jesús está “fuera de sí” mismo, y por tanto fuera de los esquemas, modelos, equilibrios y costumbres de los que le rodean. Y por eso lo consideran un trastornado.

Esto debería hacer que nos preguntemos si hay muchos cristianos que también sean considerados “excéntricos”. Porque son muchos los que se llaman cristianos pero que no están dispuestos a permanecer “fuera” de las modas, de las corrientes de pensamiento dominantes, de la mediocridad. Más aún, se aferran a esos esquemas de pensamiento y valores, buscando el poder, el privilegio, la popularidad, la tranquilidad a cualquier precio...

Este episodio nos invita a pensar que el “trastorno” de Jesús tendría que ser algo hereditario, contagioso para todos los que formen la nueva familia de Cristo. Ser cristiano debería significar, necesariamente, estar “fuera de sí”, fuera de los cálculos, de las prudencias, de los miedos, de las diplomacias, de las tácticas humanas.

Más aún, el “trastorno” de Jesús es un componente esencial de la santidad a la que todos estamos llamados. Como nos dice el Papa Francisco en *Gaudete et exsultate* 90: Jesús mismo remarca que este camino va a contracorriente hasta el punto de convertirnos en seres que cuestionan a la sociedad con su vida, personas que molestan. Si no queremos sumergirnos en una oscura mediocridad no pretendamos una vida cómoda, porque «quien quiera salvar su vida la perderá» (Mt 16,25).

Como vimos en Semana Santa, no fueron los grandes pecadores los que crucificaron a Cristo, sino hombres “cuerdos”, guardianes de la ortodoxia, que no podían tolerar que Él estuviese “fuera” de las tradiciones y las relaciones comúnmente aceptadas. Y cuando la masa es manipulada, actúan en favor del poder establecido.

No se puede seguir a Jesús de un modo racional, sin ser “excéntricos”, sin ser signo de contradicción, sin parecer al menos un poco loco. La “locura” debería ser un carisma esencial en la Iglesia, porque sin “locura” el cristianismo se reduce a ética, a moralismo, a ritualismos... pero todo eso sin el Espíritu.

Para la reflexión:

- Jesús es un “excéntrico” pero no en el sentido de loco o extravagante, sino como alguien que tiene su centro vital fuera de sí mismo. ¿Yo soy “excéntrico”, o “egocéntrico”? Pienso en hechos concretos de uno y otro tipo.
- Medito este párrafo: No se puede seguir a Jesús de un modo racional, sin ser “excéntricos”, sin ser signo de contradicción, sin parecer al menos un poco loco. La “locura” debería ser un carisma esencial en la Iglesia, porque sin “locura” el cristianismo se reduce a ética, a moralismo, a ritualismo... pero todo eso sin el Espíritu. ¿Somos en general una Iglesia “loca” o “cuerda”? ¿Qué “locuras” haría falta que empezáramos a llevar a cabo?

¿QUIÉNES SON MI MADRE Y MIS HERMANOS?

La palabra “hermanos”, que en algunas ocasiones se aplica a parientes cercanos a Jesús, suena desconcertante para muchos. Pero debemos tener presente que el nombre de “hermanos” se utiliza en cuatro sentidos en las Sagradas Escrituras: hay hermanos de *naturaleza*, consanguíneos, como Esaú y Jacob; por *nacionalidad*, ya que todos los judíos se llaman entre sí hermanos; también en el Nuevo Testamento se llama hermanos a todos los cristianos; y además, se llaman hermanos los que son de una misma familia, por *parentesco*, ya que la palabra hebreo-araméa original tiene un sentido amplio y puede significar, según los casos, “hermano”, “sobrino”, “primo carnal” o simplemente “pariente”.

En la cultura judía la familia era la institución más importante y cada persona era comprendida en el conjunto familiar al que pertenecía. Hacer algo incorrecto, fuera de lo “normal”... conllevaba el deshonor de toda la familia. Por eso los familiares de Jesús, que no entienden lo que hace, intentan que vuelva al seno de la familia.

Sin embargo, aunque Jesús recibe el aviso de que su Madre y sus parientes están fuera buscándole, no se mueve para ir a su encuentro. Jesús está ya en otro plano, en el que no existen los “derechos” de sangre. “Madre y hermanos”, en esta nueva familia, no es algo cerrado, limitado a unos cuantos, sino abierto a todos.

La mirada que Jesús dirige a los que están sentados a su alrededor parece efectuar un “reconocimiento” de los que pertenecen a su nueva familia: “Éstos son...” De esta nueva familia, por supuesto, no están excluidos los parientes según la carne, pero éstos también deben entrar en la nueva “familia”, cumpliendo la voluntad de Dios.

Sus familiares albergaban ilusiones y opiniones todavía inadecuadas sobre Jesús, y para superar estas ideas imperfectas y hacerse verdaderos parientes de Jesús, los miembros de su familia según la carne tenían que recorrer un camino de fe. Quien quiera ser su Madre y sus hermanos no sólo debe interesarse por la persona de Jesús, sino que debe asumir totalmente su proyecto y sus preferencias.

No es el parentesco, la sangre, lo que importa, sino la fe. El pensamiento de Jesús es claro: la comunidad cristiana establece entre sus miembros una relación totalmente distinta a la que puede dar la raza o la sangre. Se trata de algo que la comunidad de siempre tiene que tener continuamente ante la vista: la fe y la voluntad de compartir la vida del Maestro es lo que constituye a la verdadera comunidad cristiana; no hay que apelar a más vínculos.

Jesús no niega el amor a su Madre ni a sus familiares. Pero pone el acento en esa otra gran familia: la de los hijos e hijas de Dios, la cristiana. Jesús no se queda atado al solo amor humano de una familia. Hay otra familia espiritual a la que Él ama, en un orden espiritual y sobrenatural, con amor más entrañable y profundo que el amor humano con que se ama a la madre y a los hermanos.

En una familia se nace y, sea de la forma que fuere, los lazos quedan para siempre, aunque no siempre sean cordiales. En cambio, a la familia de Jesús se ingresa por un acto personal y libre, por el Bautismo. Todos somos hijos e hijas de Dios, pues Él nos ha creado, pero no todos asumen ni aceptan a Dios como Padre. Nadie nace cristiano. Uno se hace libremente cristiano caminando hacia Cristo, escuchando su Palabra, practicándola y haciendo el esfuerzo por salir de uno mismo para seguir a Jesús, junto con los demás miembros de la “familia”.

Para la reflexión:

- La mirada que Jesús dirige a los que están sentados a su alrededor parece efectuar un “reconocimiento” de los que pertenecen a su nueva familia: “Éstos son...” ¿Jesús podría reconocerse como miembro de su familia? ¿Por qué?
- Quien quiera ser su Madre y sus hermanos no sólo debe interesarse por la persona de Jesús, sino que debe asumir totalmente su proyecto y sus preferencias. ¿Tengo asumido el proyecto del Reino, con todo lo que implica? ¿Qué me resulta más difícil de llevar a cabo?
- Medito este párrafo: En una familia se nace y, sea de la forma que fuere, los lazos quedan para siempre, aunque no siempre sean cordiales. En cambio, a la familia de Jesús se ingresa por un acto personal y libre, por el Bautismo. Todos somos hijos e hijas de Dios, pues Él nos ha creado, pero no todos asumen ni aceptan a Dios como Padre. Nadie nace cristiano. Uno se hace libremente cristiano caminando hacia Cristo, escuchando su Palabra, practicándola y haciendo el esfuerzo por salir de uno mismo para seguir a Jesús, junto con los demás miembros de la “familia”. ¿Qué he hecho y hago para ser un buen miembro de la “familia” de Jesús?

MARÍA

Y ahora, nos fijamos en María. Como hemos dicho al principio, una religiosidad mal explicada y mal entendida nos podría llevar a pensar que Ella no tuvo nada que ver en este episodio: ¡Cómo íbamos a decir que ella creía que su Hijo estaba fuera de sí! Nos parecería “pecado” siquiera pensar esto.

Pero en estos retiros estamos procurando recuperar a la María mujer, hermana nuestra en la carne, para que sea un modelo para nuestro vivir diario. Y no hay que ocultar que Ella estuvo presente en ese incidente, y tenemos que profundizar en qué sentido puede tener la presencia de María entre los familiares que vienen a llevarse a Jesús. Y para eso, debemos tener en cuenta los datos que nos presenta el Nuevo Testamento relativos al progreso de la fe en María.

Lo que este pasaje nos presenta es la imagen de una madre preocupada por la suerte de su hijo. No es de extrañar que María, cuando algunos empezaron a tramar contra la vida de Jesús, acudiese a su lado para inducirlo a que tuviese más precaución. Es muy lógico que Ella albergase preocupaciones todavía demasiado humanas por la misión y por la obra de Jesús. María sabía con certeza que su Hijo era el Mesías, aunque no sabía cómo iba a desempeñar su misión.

Pero tampoco debemos olvidar que María fue la primera en volverse “loca”, en el momento de la Anunciación. Ella fue la primera en “estar fuera de sí”, desde el momento en que aceptó concebir al Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo. Ella asumió ser tenida por “excéntrica” y a partir de ese momento vivió por pura fe, apoyándose en la Palabra que Dios le había dirigido.

Y por aceptar “estar fuera de sí”, las diferentes circunstancias de su vida se fueron mostrando envueltas en aspectos a menudo oscuros y desconcertantes, como estamos reflexionando hoy. Y María tuvo que realizar su propio proceso y progreso en la fe, para alcanzar una comprensión más perfecta sobre cómo tenía que recorrer Jesús su propio camino.

Lo cierto es que María está al lado de su Hijo, acompañándole en su vida pública, preocupada como Madre suya, pero permaneciendo en una especie de penumbra, de manera humilde, escondida y silenciosa. Como estamos viendo hoy, aunque es su Madre no se vale de su autoridad para llegar hasta Él, sino que se queda fuera, esperándolo humildemente.

Ante las palabras y hechos de su Hijo, María tiene siempre presente que Jesús era Dios y eso le bastaba. Por eso la respuesta de Jesús no se debe entender como un rechazo a su Madre, sino más bien como una alabanza hacia Ella porque: ¿Quién mejor que Ella ha escuchado la Palabra de Dios y la ha puesto por obra?

Aunque Ella estaba preocupada y deseaba ver a su Hijo y hablarle, al escuchar su respuesta María acoge en su corazón esas austeras palabras y, si bien como Madre le pueden doler, por su fe continúa aceptando la renuncia que implican. María, la criatura más unida a Cristo con los vínculos de la sangre, tuvo que elevarse a un orden de valores más alto. Las exigencias de la misión del Hijo la llevan a renunciar a sus ideas, muy humanas, de madre según la carne.

María sacrifica su deseo de estar con su Hijo, porque se sabe unida a Él por algo mucho más grande que los lazos de sangre: por el deseo de ambos de cumplir la voluntad del Padre. Después de haber llevado a Jesús en su seno, era preciso que lo engendrara en el corazón, cumpliendo la voluntad de Dios. Así la figura de María como Madre se completa con la de Discípula.

Como escribió San Agustín, la Virgen María fue más dichosa recibiendo la fe de Cristo que concibiendo la carne de Cristo. María, haciendo la voluntad de Dios, no sólo es la Madre de Cristo corporalmente, sino que espiritualmente es a la vez Madre y hermana.

María, antes que nadie y mucho más que nadie, es quien, tras haber criado a su Hijo como hacen todas las madres, entró en relación espiritual con Él. También Ella está llamada a “concebir” a Cristo por la fe, prolongando su “sí” de la Anunciación en los acontecimientos normales y con frecuencia difíciles de su vida, adhiriéndose progresivamente a la voluntad del Padre.

La Madre queda así unida claramente a la familia de los discípulos de Jesús, de los cuales Ella es la primera y más aventajada de todos. Jesús, con su respuesta, no marca distancias con respecto a su Madre, sino que quiere mostrar dónde radica el verdadero parentesco espiritual de María y de cualquier otro que quiera ser uno de los suyos.

Para la reflexión:

- ¿Entiendo la presencia de María junto con los otros familiares de Jesús?
- María tuvo que realizar su propio progreso en la fe, para alcanzar una comprensión más perfecta sobre cómo tenía que recorrer Jesús su propio camino. ¿Experimento que voy progresando en la fe, que voy comprendiendo mejor a Jesús?
- Al escuchar la respuesta de Jesús, María acoge en su corazón esas austeras palabras y, si bien como Madre le pueden doler, por su fe continúa aceptando la renuncia que implican. ¿He tenido esa experiencia, hay “palabras” de Jesús que me duelen? ¿Acepto la renuncia, si es el caso?
- ¿Cómo evalúo mi cumplimiento de la Palabra de Dios?

ACTUAR: HERMANOS, HERMANAS Y MADRES.

Como aquella gente que estaba con Jesús, nosotros también debemos sentirnos mirados por Él, que nos reconoce como familiares suyos. Pero, ¿somos de verdad la familia de Jesús, su madre y sus hermanos? Estamos bautizados, comulgamos, vamos a Misa, cumplimos determinadas prácticas religiosas, nos definimos como cristianos... Pero todo esto puede ser hecho por simple tradición o costumbre, al modo de una parentela que se junta en algunas ocasiones, pero a quienes, en realidad, lo único que les une es llevar la misma sangre.

La mirada de Jesús nos invita a reflexionar en primer lugar acerca de nuestra condición de “hermanos y hermanas” de Jesús, de cómo esa fraternidad afecta a nuestras relaciones con Él y con los demás. Porque en el seguimiento de Jesús, establecemos con Él y con los demás creyentes no sólo lazos de simpatía o amistad, sino de comunión. Y así, unidos a Él y entre nosotros, aprendemos a cumplir la voluntad del Padre.

Y en segundo lugar, la mirada de Jesús nos hace preguntarnos cómo, además de hermanos y hermanas de Cristo, podemos llegar a ser “madres” tuyas. Nos puede parecer una simple metáfora, algo inconcebible; pero debemos tener presente que el que por la fe se hace hermano o hermana de Cristo, se hace madre por el testimonio, porque viene como a dar a luz al Señor infundiéndolo en el corazón de los oyentes. Nos hacemos “madres” tuyas cuando, mediante nuestras palabras y nuestras obras, engendramos en el alma del prójimo el amor del Señor.

Por último, si somos “hermanos, hermanas y madres de Jesús”, el hecho de saber que de Él dijeron que “estaba fuera de sí” nos lleva a preguntarnos si nosotros, en la práctica, estamos “locos por Él”, y cuál es nuestro grado de “excentricidad”. La mirada de Jesús nos hace preguntarnos qué es mejor, ser “cuerdos” y dejarnos arrastrar por una vida cómoda, limitándonos a satisfacer nuestras necesidades y deseos, o volvernos “locos” por seguir a Jesús, para dar un sentido trascendente a nuestra existencia.

Como hemos dicho antes, el “trastorno” de Jesús es un componente esencial de la santidad a la que todos estamos llamados. Y para eso debemos tener presentes estas palabras del Papa Francisco: **Necesitamos el empuje del Espíritu para no ser paralizados por el miedo y el cálculo, para no acostumbrarnos a caminar sólo dentro de confines seguros. Recordemos que lo que está cerrado termina oliendo a humedad y enfermándonos** (GE 133).

La costumbre nos seduce y nos dice que no tiene sentido tratar de cambiar algo, que no podemos hacer nada frente a esta situación, que siempre ha sido así. Pero dejemos que el Señor venga a despertarnos, a pegarnos un sacudón en nuestra modorra, a liberarnos de la inercia. Desafiemos la costumbre, abramos bien los ojos y los oídos, y sobre todo el corazón, para dejarnos descolocar por lo que sucede a nuestro alrededor y por el grito de la Palabra viva y eficaz del Resucitado. (GE 137)

Esto es lo que María hizo a lo largo de toda su vida. Por eso, la respuesta de Jesús que hoy hemos meditado, aparentemente desabrida, es en realidad un gran don que Él nos hace llegar, una vez más, a través de María.

María representa la receptividad que Dios espera de todos y cada uno de nosotros. Ella consideró a Dios como lo primero en su vida, y fue su entrega total a Él, su “locura”, la que la hizo grande. Y con esa respuesta, Jesús nos ofrece la posibilidad de ponernos al mismo nivel de su Madre, porque todo el que cumpla la voluntad de Dios es madre, hermano, familia de Dios.

María nos enseña que el verdadero amor y la auténtica unión con Dios consisten en aceptar por amor su voluntad. María nos enseña que en nuestra vida espiritual no debemos quedarnos estancados porque queremos entender demasiado, ni buscar demasiadas explicaciones a los designios de Dios. María nos enseña que en nuestro camino personal de progreso en la fe no se trata tanto de entender cuanto de creer con todas nuestras fuerzas, y entonces seremos, junto con Ella, verdaderos miembros de la familia de Jesús.

Para la reflexión:

- En el seguimiento de Jesús, establecemos con Él y con los demás creyentes no sólo lazos de simpatía o amistad, sino de comunión. ¿Me siento “en comunión” con Jesús? ¿Qué signos de comunión hay en mi relación con los demás creyentes? ¿Y qué signos de falta de comunión?
- El que por la fe se hace hermano o hermana de Cristo, se hace madre por el testimonio, porque viene como a dar a luz al Señor infundiéndolo en el corazón de los oyentes, cuando, mediante nuestras palabras y nuestras obras, engendramos en el alma del prójimo el amor del Señor. ¿Estoy siendo “madre” de Jesús? ¿Soy buena “madre”?
- Necesitamos el empuje del Espíritu para no ser paralizados por el miedo y el cálculo, para no acostumbrarnos a caminar sólo dentro de confines seguros. Recordemos que lo que está cerrado termina oliendo a humedad y enfermándonos (GE 133). Dejemos que el Señor venga a despertarnos, a pegarnos un sacudón en nuestra modorra, a liberarnos de la inercia. ¿Por mi actuar se me nota que estoy “loco” por Jesús?
- Medito este párrafo: María nos enseña que en nuestra vida espiritual no debemos quedarnos estancados porque queremos entender demasiado, ni buscar demasiadas explicaciones a los designios de Dios. María nos enseña que en nuestro camino personal de progreso en la fe no se trata tanto de entender cuanto de creer con todas nuestras fuerzas.

RETIRO: “MARÍA EN EL NUEVO TESTAMENTO”

IX.- LA VERDADERA FAMILIA DE JESÚS.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER:

- ¿He pensado alguna vez en que Jesús tuvo una familia, además de José y María?
- Si un miembro de mi familia empezase a actuar como Jesús, ¿cuál sería mi reacción?

JUZGAR – Mc 3, 20-21.31-35

Llega a casa y de nuevo se junta tanta gente que no los dejaban ni comer. Al enterarse su familia, vinieron a llevárselo, porque decían que estaba fuera de sí.

Llegan su madre y sus hermanos y, desde fuera, lo mandaron llamar. La gente que tenía sentada alrededor le dice: «Mira, tu madre y tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan». Él les pregunta: «¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?». Y mirando a los que estaban sentados alrededor, dice: «Estos son mi madre y mis hermanos. El que cumple a voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre».

ESTÁ FUERA DE SÍ

- Jesús es un “excéntrico” pero no en el sentido de loco o extravagante, sino como alguien que tiene su centro vital fuera de sí mismo. ¿Yo soy “excéntrico”, o “egocéntrico”? Pienso en hechos concretos de uno y otro tipo.
- Medito este párrafo: No se puede seguir a Jesús de un modo racional, sin ser “excéntricos”, sin ser signo de contradicción, sin parecer al menos un poco loco. La “locura” debería ser un carisma esencial en la Iglesia, porque sin “locura” el cristianismo se reduce a ética, a moralismo, a formas litúrgicas... pero todo eso sin el Espíritu. ¿Somos en general una Iglesia “loca” o “cuerda”? ¿Qué “locuras” haría falta que empezáramos a llevar a cabo?

¿QUIÉNES SON MI MADRE Y MIS HERMANOS?

- La mirada que Jesús dirige a los que están sentados a su alrededor parece efectuar un “reconocimiento” de los que pertenecen a su nueva familia: “Éstos son...” ¿Jesús podría reconocerme como miembro de su familia? ¿Por qué?
- Quien quiera ser su Madre y sus hermanos no sólo debe interesarse por la persona de Jesús, sino que debe asumir totalmente su proyecto y sus preferencias. ¿Tengo asumido el proyecto del Reino, con todo lo que implica? ¿Qué me resulta más difícil de llevar a cabo?
- Medito este párrafo: En una familia se nace y, sea de la forma que fuere, los lazos quedan para siempre, aunque no siempre sean cordiales. En cambio, a la familia de Jesús se ingresa por un acto personal y libre, por el Bautismo. Todos somos hijos e hijas de Dios, pues Él nos ha creado, pero no todos asumen ni aceptan a Dios como Padre. Nadie nace cristiano. Uno se hace libremente cristiano caminando hacia Cristo, escuchando su Palabra, practicándola y haciendo el esfuerzo por salir de uno mismo para seguir a Jesús, junto con los demás miembros de la “familia”. ¿Qué he hecho y hago para ser un buen miembro de la “familia” de Jesús?

MARÍA

- ¿Entiendo la presencia de María junto con los otros familiares de Jesús?
- María tuvo que realizar su propio progreso en la fe, para alcanzar una comprensión más perfecta sobre cómo tenía que recorrer Jesús su propio camino. ¿Experimento que voy progresando en la fe, que voy comprendiendo mejor a Jesús?
- Al escuchar la respuesta de Jesús, María acoge en su corazón esas austeras palabras y, si bien como Madre le pueden doler, por su fe continúa aceptando la renuncia que implican. ¿He tenido esa experiencia, hay “palabras” de Jesús que me duelen? ¿Acepto la renuncia, si es el caso?
- ¿Cómo evalúo mi cumplimiento de la Palabra de Dios?

ACTUAR: HERMANOS, HERMANAS Y MADRES

- En el seguimiento de Jesús, establecemos con Él y con los demás creyentes no sólo lazos de simpatía o amistad, sino de comunión. ¿Me siento “en comunión” con Jesús? ¿Qué signos de comunión hay en mi relación con los demás creyentes? ¿Y qué signos de falta de comunión?
- El que por la fe se hace hermano o hermana de Cristo, se hace madre por el testimonio, porque viene como a dar a luz al Señor infundiéndolo en el corazón de los oyentes, cuando, mediante nuestras palabras y nuestras obras, engendramos en el alma del prójimo el amor del Señor. ¿Estoy siendo “madre” de Jesús? ¿Soy buena “madre”?
- Necesitamos el empuje del Espíritu para no ser paralizados por el miedo y el cálculo, para no acostumbrarnos a caminar sólo dentro de confines seguros. Recordemos que lo que está cerrado termina oliendo a humedad y enfermándonos (GE 133). Dejemos que el Señor venga a despertarnos, a pegarnos un sacudón en nuestra modorra, a liberarnos de la inercia. ¿Por mi actuar se me nota que estoy “loco” por Jesús?
- Medito este párrafo: María nos enseña que en nuestra vida espiritual no debemos quedarnos estancados porque queremos entender demasiado, ni buscar demasiadas explicaciones a los designios de Dios. María nos enseña que en nuestro camino personal de progreso en la fe no se trata tanto de entender cuanto de creer con todas nuestras fuerzas.

Canto que narra el Evangelio según San Marcos 3, 20-35, domingo X del tiempo ordinario, ciclo B

<https://www.youtube.com/watch?v=CUfRSflxGSU>

En aquel tiempo, Jesús entró en una casa con sus discípulos y acudió tanta gente que no los dejaban ni comer.

Los escribas que habían venido de Jerusalén decían acerca de Jesús: - «Este hombre está poseído por Satanás. Príncipe de los demonios y por eso los echa fuera». (Para pa para, para pa para)

Jesús llamó entonces a los escribas y les dijo: - «¿Cómo puede Satanás expulsar a Satanás? Porque si un reino está dividido en bandos no puede subsistir; una familia dividida tampoco puede subsistir. De la misma manera si Satanás se rebela contra sí mismo y se divide, no podrá subsistir, pues ha llegado su fin. Nadie puede entrar en la casa de un hombre fuerte y llevarse sus cosas, si primero no lo ata; sólo así podrá saquear la casa.

Yo le aseguro que a los hombres se les perdonarán todos sus pecados y todas sus blasfemias. Pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo será reo de un pecado eterno.»

Jesús dijo esto porque lo acusaban de estar poseído por un espíritu inmundo.

Llegaron entonces su madre y sus parientes, se quedaron fuera y lo mandaron llamar.

En torno a Él estaba sentada una multitud, cuando le dijeron: - «Allá a fuera están tu madre y tus hermanos que te buscan.»

Él les respondió: - «¿Quién es mi madre y quienes son mis hermanos?»

Luego, mirando a los que estaban sentados a su alrededor, dijo: - «Estos son mi madre y mis hermanos. Porque el que cumple la voluntad de Dios, éste es mi hermano y mi hermana y mi madre.» Palabra del Señor. Gloria a Ti, Señor, Jesús. Jesús, gloria a Ti.

Yo le aseguro que a los hombres se les perdonarán todos sus pecados y todas sus blasfemias. Pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo será reo de un pecado eterno.

Jesús dijo esto porque lo acusaban de estar poseído por un espíritu inmundo.

Jesús dijo esto porque sabe quién es el Espíritu de Dios, el Espíritu de Amor. El que nos da la fuerza, la fe, la luz, nos da la gracia, el que nos da esperanza, el Espíritu Santo de Dios.



ACLARACIÓN DE LA LETRA CURSIVA: “Es el famoso «pecado contra el Espíritu Santo», que desconcertaba a un amigo mío y no sabía cómo interpretar. Sin embargo, me parece fácil: cada vez que Jesús perdona los pecados lo hace con el poder del Espíritu; quien dice que ese espíritu es el demonio, se cierra el perdón, porque Satanás no puede perdonar”. (Sicre)